A. Pidal y Mon

DISCURSO

LEÍDO

EN LA REAL ACADEMIA

DE

CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

el día 3 de abril de 1887

I
010418

DE LA METAFÍSICA
CONTRA EL NATURALISMO.

SEÑORES ACADÉMICOS:

HEME aquí ya entre vosotros. Dilataron este momento, bien contra mi voluntad, sucesos providenciales, que, relacionados con hechos que consignará solemnemente la historia, ó limitados á la obscura y modesta esfera de mi vida, no embargaron por eso menos unos que otros mi actividad, forzándome, antes de atravesar vuestros umbrales, á inclinarme sobre una larga fila de sepulcros, donde vi caer sin interrupción y con espanto la inocencia, la virtud, la inteligencia, el valor, la majestad misma, y hasta obligándome además á asomarme á los bordes del mío propio.

Parecía como que la Providencia, deseosa de cooperar al fin que os movió al elegirme, con-

curría á mi preparación para tomar asiento á vuestro lado, haciéndome asistir de cerca á la dilatada serie de catástrofes que en lúgubre y aterradora procesión desfilaron por los horizontes de la patria, y dándome, con la rápida, pero formidable visión de la eternidad, la mirada serena que se requiere para contemplar, tales como ellas son, las realidades que se desarrollan en el tiempo.

Así lo comprendísteis, señores, al otorgarme un plazo más para venir á vuestro seno, á donde llego al fin con temor, pero con el ánimo resuelto y decidido que requiere el empeño en que nos hallamos. Porque temor y respeto tiene, por necesidad, que imponerme el suceder en vuestra ilustre Corporación á aquel varón docto, recto, y piadoso además, que, con tanto honor para vosotros y para él, tomó parte en vuestras sabias deliberaciones, iluminándolas con la luz de su razón que, si no deslumbraba con las fulguraciones súbitas del genio, esparcía la suave y serena claridad del buen sentido, del honrado y seguro entendimiento español, forjado entre las creencias y tradiciones seculares del viejo hogar castellano.

Al amparo de estos principios, D. Fernando Alvarez cumplió como bueno en la ruda batalla de su tiempo; pasó haciendo bien por entre los hombres y los sucesos de su época; fué fiel

á su bandera como los soldados de su raza, y alcanzó á ver impávido, como el justo de la antigüedad, el grandioso cénit de la formidable lucha de las negaciones contemporáneas, á cuyo crepúsculo habíale tocado asistir en los días serenos de su infancia.

Encierra, á las veces, la Providencia grandes enseñanzas en las coincidencias más casuales, y no fué por cierto de las menores aquélla por la cual encomendó, como último acto y tarea de D. Fernando Alvarez como Académico, apadrinar la entrada en esta Corporación del religioso dominico Fr. Zeferino González.

Al contemplar con la mirada sintética del pensador cómo él, el hombre de los tiempos exaltadores de la duda cartesiana y del empirismo de Bacon, del eclecticismo francés y del espiritualismo incompleto de la escuela escocesa, el testigo de vista de la cruenta proscripción de las Ordenes religiosas, en cuyos oídos vibraban todavía, con el clamor de las últimas campanas de los monasterios arruinados, los últimos ecos de las carcajadas de Voltaire y de las lamentaciones de Rousseau, era el llamado á dar el abrazo cordial de bienvenida al fraile de Santo Domingo de Guzmán, restaurador de la antigua filosofía de las Escuelas entre nosotros, que traía entre los blan-

cos pliegues de su hábito, como ofrenda en el día de su recepción, el temeroso cuadro de la lucha científica contemporánea, reducida y condensada ya en el formidable aunque singular encuentro entre el Dios vivo de los católicos y la Nada divinizada por el ateísmo blasonado de la ciencia novísima, debió sentir embargado su ánimo con honda y duradera emoción, y debió inclinar su frente, ya surcada, con el peso de graves meditaciones.

Porque si de un lado veía desvanecerse, como sombras disipadas por el viento y la luz del mediodía, los ideales científicos de toda una generación que marcó con hondos caracteres su paso por la historia, veía por otro adelantarse y crecer, organizada, avasalladora y audaz, la Negación absoluta, aquélla que relegaban con lástima y con desprecio á los cuidados de la medicina, como morbosa excepción y como aberración individual y aislada, los inexpertos filósofos espiritualistas de su tiempo; y en frente miraba, á su vez, surgir como una aparición de otro mundo el hábito blanco de los hijos de Santo Domingo de Guzmán, que, rompiendo la losa en que se había pretendido sepultar su Orden y su doctrina, se aparecen de pronto en medio del campo de batalla en que yacen vencidos y destrozados todos los espiritualismos incompletos, todos

los idealismos vagos, todos los transcendentalismos fantásticos, para cubrir con su escudo á la civilización amenazada en su idea fundamental, mientras hieren en su mismo pecho al error con la espada de fuego y de luz del Angel de las Escuelas.

¡Ah, señores! D. Fernando Alvarez debió alegrarse, y se alegró, como creyente, como pensador, como hombre (y bien explícitamente lo manifestó en su respuesta), de esta reivindicación apremiante de la verdad en la ciencia, lentamente preparada por la Providencia en la historia, y merced á la cual la fiera vencedora de los voceadores gozquecillos, se encontraba ya frente á frente con el aguerrido mastín, jubilado por la impericia y codicia de los antiguos Pastores; pero, como individuo de su generación, como testigo de su tiempo, debió llorar lágrimas de sangre al ver tanta labor inútil, tanta demolición imprudente, tanto dique improvisado ya roto, las turbias aguas de la inundación desbordadas y sólo, al cabo, contenidas por los vigorosos retoños de los árboles seculares más torpemente descuajados.

Entonces sí que debió hallar satisfacción y consuelo al dirigir una mirada retrospectiva sobre su conciencia y sus obras, y mirar, como premio á sus afanes y labores, ser como el introductor en este recinto del espiritualismo

armado hasta los dientes y blindado de hierro, que puede ya hoy únicamente surcar sin peligro los mares de la ciencia, apestados por los innumerables corsarios y piratas del pujante materialismo contemporáneo.

Como quiera que fuese, D. Fernando Alvarez, personificación, en lo que tuvo de bueno, de una sociedad que va cayendo en los dominios de la historia, al dar aquí su mano al representante de aquella antigua y siempre nueva filosofía que se presentaba ante vosotros, dió, á la vez que un testimonio solemne á la Historia de la Filosofía, y una prueba elevada á la Filosofía de la Historia, una confirmación definitiva del fondo substancial de sus ideas, del carácter distintivo de su personalidad, de la finalidad constante de su existencia, tan modesta como laboriosamente difundida por las vastas esferas de la jurisprudencia, de la administración y de la política, y tan honrosamente terminada á la sombra benéfica de la Cruz, que le cobijó desde la cuna.

Pero si el recuerdo de que vengo á suceder á varón de tan raras prendas intelectuales y morales, me infunde, como os he dicho, temor, anímame, por otra parte, este recuerdo también, con la consideración de que vengo á un campo por necesidad amigo, á un campo en que á la sazón tenemos que hallarnos todos

ligados por los más estrechos y apretados lazos, los lazos del común peligro que atravesamos, ante la furiosa tormenta que amenaza la esencia y el nombre mismo de nuestra Institución, puesto que una Academia de Ciencias Morales y Políticas es una academia proscripta ya de antemano por los que, otorgándose el título de *Sabios* modestamente á sí propios, excluyen del templo augusto de la ciencia á todas las que aquí noble y generosamente cultiváis, considerándolas como *Quimeras* propias de cerebros débiles y visionarios, ó como resultados fatales de la circulación dinámica de la materia.

Porque no cabe ya dudarlo. En medio del tumultuoso caos que produce en el seno de la sociedad moderna el choque de tantas ideas, intereses y sentimientos como batallan; en medio de la infinita variedad y oposición de escuelas, de partidos y de sistemas, como resultado definitivo y combinado de su conjunto en la marcha de la civilización, se está llevando á cabo un movimiento más ó menos lento y pausado, pero fijo, continuo y universal, capaz de dejar absorto al ánimo más osado con el peso de hondas preocupaciones, y al término del cual sólo se presiente una definitiva catástrofe, á menos que la mano de Dios, bajando de lo alto y sumergiéndose visiblemente en la

historia, no arranque á viva fuerza la humana personalidad, de las fauces mismas del abismo que la fascina y que la absorbe, y donde fatalmente va cayendo, arrastrando en pos de sí todo el orden social, olvidándose de la alteza y dignidad de su origen, de las invencibles fuerzas y energías de su propia naturaleza, de sus inefables y gloriosos destinos.

De este gran movimiento, evolución, descenso, ó como queráis, vengo á hablaros; que ni encuentro objeto preferente que someter á vuestra consideración, ni que más directamente os interese, ni yo acertaría en la ocasión presente, tan grave y solemne para mí, á discretear los breves momentos que he de ocupar vuestra atención sobre asuntos de curiosidad arqueológica ó secundaria, cuando siento estremecerse la tierra bajo mis pies, y oigo el sordo rumor de este trabajo, contra el que se rebela impaciente mi dignidad de hombre, de filósofo y de cristiano.

Y no temáis, señores Académicos, que, dejándome llevar de la temerosa impresión que producen en el ánimo de todo hombre honrado ciertos espectáculos, venga á molestaros reproduciendo ante vuestros ojos la interminable exposición de los exabruptos y enormidades con que diariamente alardean de su propósito de aniquilar á la sociedad los apóstoles

del evangelio socialista, en el seno de sus cenáculos industriales y desde las redacciones de sus libelos incendiarios. Tarea es esta ya ejecutada mil veces, y que nadie necesita ya ejecutar; de tal suerte suenan ya familiares á nuestros oídos, y aun á los de nuestras esposas y nuestros hijos, las maldiciones que, con su obligado acompañamiento de blasfemias, lanzan en todo lugar y con toda ocasión, contra todo lo que constituye su historia, contra su propia generación y su propia patria, los que acaudillan ó explotan, que suelen hacerlo todo juntamente á la vez, las masas que algunos llaman desheredadas, sin duda por haberlas despojado ellos mismos de la rica herencia de creencias, costumbres é instituciones que les legó la civilización cristiana.

No: considerando ya ociosa la denuncia del mal social bajo este aspecto, heme de concretar en la ocasión presente á investigar en más serenas regiones la génesis científica del mal en sus caracteres substanciales que, antes de llegar á las muchedumbres para excitar en ellas la torpe concupiscencia de sus apetitos desenfrenados, invade y anega ya á las clases superiores, directoras del movimiento social, acarreando en la conciencia pública la catástrofe social á que aludo, más honda y terrible é irremediable, á mi ver, que aquella otra material

con que nos amenaza el comunismo en las calles, y buscando en la esfera de las ideas el remedio científico también, como cumple á los fines de este Instituto, que puede definitivamente atajarle en sus fundamentales principios. Que en vano tronará uno y otro día el cañón contra las turbas fanatizadas, si la mano con que se ametrallen las consecuencias esparce al propio tiempo la semilla de las premisas, y en vano gemirán las prensas con el parto de fecundos ingenios defensores de la sociedad, si, aunque en sus propósitos y conclusiones se combata el error, de nuevo se le engendra con sus principios; que así como para restablecer fundamentalmente el orden social no hay, en definitiva, otra fuerza que la que avasalla las conciencias, así para restablecer el orden intelectual no hay ni puede haber otra fuerza que la que avasalla la razón, la ley de la lógica. En suma: en una como en otra esfera, la verdad, la verdad total demostrada; que es al fin y al cabo privilegio del hombre no obedecer, en último extremo, más que á esta gran fuerza espiritual, que aquieta y domina irresistiblemente las almas.

Hojeando no há mucho las atrevidas páginas de un estudio de estética de nuestros días, tropecé por casualidad con la fórmula más exacta, á mi parecer, del problema, tal como vengo á plantearlo ante vosotros; por lo que me he de valer de las propias palabras del autor, nada sospechoso por cierto.

«El dominio del hombre sobre la naturaleza, asegurado por la ciencia y la industria (afirma este escritor tan original como despreocupado), es el lugar común característico de nuestro tiempo, el primer artículo de fe de la sociedad moderna. Pero si el hombre es ante todo un sér moral, una voluntad libre, un alma cuya grandeza se mide por el influjo que ejerce sobre ella misma, por su conocimiento del deber, por su energía para cumplirlo, aun á costa del sacrificio; si las artes, las ciencias y las instituciones deben juzgarse por la influencia que ejercen sobre la voluntad, sobre la libertad moral, en una palabra, sobre la dignidad humana, nosotros podemos afirmar lo siguiente: En ninguna época el espíritu humano ha estado más oprimido por el mundo exterior que en el tiempo presente: La naturaleza domina hoy al hombre más soberanamente que nunca: Esta tiranía de las cosas exteriores sobre el alma interior, de la materia sobre el espíritu, se acrecienta á cada progreso de la ciencia ó la industria, y es totalmente imposible prever el término de esta dominación.»

He aquí, señores, la fórmula más terminante y más precisa del mal que corroe las entra-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

ñas y amenaza el porvenir de nuestra civilización, tal como me he propuesto presentárosle, y del que sólo son efectos y consecuencias lógicas, aunque remotas y parciales, las explosiones anarquistas. Y si esta fórmula puede aparecer declamatoria y vulgar á los espíritus superficiales que no penetran más allá de la corteza de las cosas, vosotros, nutridos con el pan cotidiano de las últimas manifestaciones de la ciencia, templados sobre el yunque de las eternas antinomias que agobian y estimulan el humano ingenio, no podéis menos de reconocer que en esta aparente contradicción que encierran los términos del problema, hay algo más que un reto lanzado al rostro de la opinión general, orgullosa de las conquistas y descubrimientos científicos de nuestros días; hay algo más hondo y grave que eso; y eso que hay de hondo y de grave, vosotros de sobra lo comprendéis, es la malla rota en la red que tejemos sobre el universo, y por donde el universo se nos va, y se revuelve, y se apodera de nosotros, ofreciendo á las miradas de la Historia el cuadro que ya presintió la antigüedad en el mito de Hércules, vencedor de la hidra y del centauro, y sofocado y destruído después por la emponzoñada sangre de sus víctimas que empapaba la túnica de la olvidada Deyanira.

Y, con efecto, señores: si el predominio del hombre sobre la Naturaleza, sojuzgada, merced á los progresos de la industria y las ciencias, es tan evidente de suyo que constituye el lugar común de nuestro tiempo, el argumento constante del Himno perpetuo que nuestro siglo se entona á sí mismo, saludándose con todas las voces de la literatura y del arte, como siglo del vapor y de la electricidad, siglo del progreso y de las luces, que horada las cordilleras, trunca los istmos, vadea los estrechos, salva los abismos, pesa y registra los astros, visita las células invisibles, suprime las distancias, aisla y dirige las fuerzas, haciendo del ingeniero ó del químico el héroe ideal de la gran epopeya contemporánea, superior á los teósofos y videntes de la antigüedad, en el imperio que ejerce sobre las fuerzas de la Naturaleza; si el hombre es ante todo un sér moral y una voluntad inteligente y libre, una *personalidad*, en fin, consagrada por la voz inextinguible de los genios, que son la gloria y el honor de la humanidad, por el testimonio venerable de la tradición que guarda los títulos nobiliarios del linaje humano, por el grito irresistible de nuestra conciencia en el seno de nuestro propio sér, por la palabra persuasiva de la filosofía que científicamente nos lo demuestra, y por el acento divino de la religión que dog-

máticamente nos lo revela, ¿cómo se explica esa cruzada vasta y gigantesca contra todo orden sobrenatural, y aun contra todo orden ideal mismo, contra toda causalidad y finalidad, que se levanta de los cuatro puntos cardinales del horizonte, amenazando destruir los «viejos ídolos» del espiritualismo, para reemplazarlos con las exclusivas divinidades de la materia y del hecho, del goce y del dolor? ¿Cómo se explica la propaganda organizada y sistemática de esa ciencia novísima, *La Ciencia* por antonomasia, que, despreciando á bulto y montón los antiguos saberes, se presenta en oposición irreductible, no sólo contra toda religión, sino contra toda metafísica? ¿Cómo se concibe la boga creciente de esa literatura y de ese arte, que, rechazando como antiestética toda inspiración que no sea la puramente naturalista, se revuelca con éxito y con placer en el cieno del *realismo* contemporáneo? ¿Cómo se imagina siquiera ese dogma de la destrucción por el hierro y el incendio, tan profundamente imbuído en los mismos agentes de la producción, que han logrado esculpirlo con caracteres de fuego sobre los escombros de la capital del mundo civilizado? ¿Cómo esa beatitud inerte, cuando no absurda complicidad, con que miramos hacinarse la leña los señalados en público pregón para ser arrojados en la

hoguera los primeros, tan sólo por la cobarde debilidad de no interrumpir el curso ordinario de nuestras comodidades y nuestros goces?

Y no es esto, señores, que, como ligeramente pudiera sospechar alguno, é impudentemente afirman los detractores de la religión y de la Iglesia, las escuelas que se informan con sus principios condenen el cultivo y progreso de las ciencias naturales y los adelantos que de ellas proceden, como enemigos del dogma, de la virtud y de los destinos del hombre. Ni creo que necesito extenderme en demostraros lo absurdo de esta proposición, sólo esgrimida como arma de mala ley por los adversarios de *escalera abajo* de aquellas Santas Instituciones.

No: la religión nos enseña terminantemente lo contrario, y no hay que olvidar que precisamente en estas enseñanzas pretendió la escuela de De Maistre fundamentar algunas de sus excesivas conclusiones, inclinándose á encaminar la actividad humana casi exclusivamente á la esfera de las ciencias experimentales. Ni para lo uno ni para lo otro hay razón. La religión, como verdad divina, no teme ni rechaza ninguna investigación razonable de la verdad humana; antes las alienta y estimula: y la historia nos prueba cómo la Iglesia ha sabido, en ocasiones críticas para esas mismas ciencias, levantar el laboratorio en el santua-